

[Primer premio de la II Olimpiada de Filosofía organizada por FICUM,
sección universitaria]

Apología del ejercicio filosófico en sociedad

A statement for philosophical exercise in the society

GABRIEL ARAGÓN ARANDA

Universidad de Málaga (España)

RESUMEN

El presente trabajo pretende mostrar la importancia de una actitud filosófica en el marco social como garante de la libertad individual. Para ello se ha considerado en primer lugar el carácter intrínsecamente filosófico del ser humano pasando, posteriormente, a defender su presencia en lo social.

PALABRAS CLAVE

FILOSOFÍA, SOCIEDAD, LIBERTAD, INDIVIDUALIDAD.

ABSTRACT

This present job tries to show the importance of a philosophical attitude in the society as guarantor of individual freedom. For that purpose, it has been considered, in first place, the intrinsically philosophical character of any human being passing, lastly, to defend its presence in the social context.

KEY WORDS

PHILOSOPHY, SOCIETY, FREEDOM, INDIVIDUALITY

Claridades. Revista de filosofía, 6 (2014), pp. 8-16.

ISSN: 1889-6855 ISSN-e: 1989-3787 DL: PM 1131-2009

Asociación para la promoción de la Filosofía y la Cultura (FICUM)

“La filosofía es la que nos distingue de los salvajes y bárbaros; las naciones son tanto más civilizadas y cultas cuanto mejor filosofan sus hombres.”

René Descartes

I. INTRODUCCIÓN:

CARÁCTER TENDENCIOSO DEL SER HUMANO HACIA LA FILOSOFÍA

ME GUSTARÍA COMENZAR PLANTEANDO la cuestión de otra manera a la aludida por el tema que da pie a la II Olimpiada de Filosofía (*¿Puede contribuir la filosofía a hacer una sociedad más libre?*), a saber, ¿puede existir una sociedad civilizada tal y como la entendemos hoy en día —y más aún, libre— sin ningún ejercicio filosófico? Yo creo que no.

Si hay algo que fuese preciso recalcar a lo largo de este trabajo es que la filosofía no debe ser un complemento de la sociedad, un adorno, o tan siquiera un lujo; no, la filosofía demanda para el buen curso de nuestra vida una atención y un mimo especial, en tanto que ésta, la sociedad, se hallaría en un estadio de flagrante primitivismo sin aquella. Evitar el pensamiento sería, en primer lugar, negar lo mejor de nosotros quedando relegados a una existencia pueril y sin sentido; y, en segundo lugar, manifestar un cándido e innecesario conformismo contrario a nuestra propia naturaleza ambiciosa¹. Y es que la sociedad es una realidad dinámica: no vale el conformismo. Nuestra realidad social —de carácter *pretendidamente* democrático en el caso del que escribe— se asienta sobre las bases (en el mejor de los casos) de un sistema filosófico producto del raciocinio que nos es natural; si de entre muchas opciones se ha elegido este sistema en concreto es, pues, consecuencia de un ejercicio intelectual orientado al bienestar. Con esto no pretendo manifestar la mayor o menor corrección de nuestra organización político-social particular, sino dejar clara la necesidad de la reflexión para construir o elegir la más adecuada. Le es, por lo que se acaba de decir, propio al ser humano el desear constantemente un estado mejor al que ya posee, el progresar. Por tanto, ¿por qué vamos a negar una reflexión constructiva? ¿Por qué vamos a pensar que la filosofía es innecesaria? ¿Acaso están todos los problemas sociales resueltos? Una vez más, mi respuesta es que no.

¹ Tal aseveración se fundamenta en la experiencia cotidiana y en la contundente realidad del progreso (ya sea político, tecnológico, social, etc. —aunque, desde luego, no esté exento de cierta atrofia en otros aspectos—) patente en la historia.

Efectivamente el valor de la filosofía es tal que —como ya fue expuesto por Aristóteles en el pasado— incluso para negarlo, es preciso el filosofar.² Esto no ha de interpretarse como una oda al filósofo profesional o al académico de la filosofía. No se trata de garantizar un puesto de trabajo (para gusto o disgusto de distintos colectivos): aquí no vale la polémica ni el partidismo. Hemos de entender que el pensamiento es parte indisociable de nuestro ser y que ejercerlo de forma rigurosa y reflexiva es una alabanza a nuestra condición humana. Queramos o no, todos somos filósofos en mayor o menor medida. Sin embargo, interesaría poner de manifiesto que negar la filosofía vendría a ser —a mi juicio— una pretensión tal como negar que tengamos dos ojos o capacidad de hablar; sí, esa que tanto nos pone en evidencia cuando la ejercemos sin razonar, sin filosofar. Ciertamente, algunos profesionales de la antropología y de la lingüística³ han apuntado a la carencia de una actitud filosófica por parte de ciertas tribus; sin embargo, no creo que esto reste validez a la posición que sostengo según la cual, si tal tribu o pueblo no filosofa en acto (por costumbres propias o por opresión dictatorial, por ejemplo) no quiere decir que, como seres humanos que son, no tengan la capacidad potencial de filosofar dadas una serie de circunstancias concretas.

Por rematar la vinculación natural y espontánea que creo, le es dada a la filosofía respecto al ser humano, es preciso afirmar que ésta no tiene por qué ser justificada como un acto volitivo o productor, siquiera, de bienes materiales (al menos directamente), sino que resulta la explicitación misma de un rasgo tan primordial y básico en el ser humano como son las ganas de conocer, de comprender lo que pasa a su alrededor⁴ (de ahí, también, las ciencias). La sociedad debe, por tanto, propiciar a mayor escala este rasgo individual y cultivarlo, nunca impedirlo, pues el cono-

2 Conclusión desprendida del siguiente argumento dado por Aristóteles en el *Protréptico*: “O hay que filosofar o no hay que filosofar. Si hay que filosofar, hay que filosofar. Si no, hay que filosofar (para poder demostrarlo)”. Se pone, por añadidura, de manifiesto la deuda que la propia lógica tiene para con su madre la filosofía.

3 El lingüista Daniel Everett ha dedicado años de su vida al estudio de la lengua y la cultura de los pirahã, un pueblo de unos 360 individuos ubicado el Amazonas. Por lo visto, los pirahã viven en un absoluto presente del que no trascienden y rechazan lo abstracto.

4 “Todos los hombres, por naturaleza, desean saber?”. Aristóteles, *Meta.* I, 1, 980 a 20-28.

cimiento y la cultura se traducen en decisiones conscientes, en el real ejercicio de la libertad y no en un azar ciego y descarriado.

II. NECESIDAD Y VALOR DE LA FILOSOFÍA EN LA SOCIEDAD

Queda claro, por lo anteriormente expuesto, que el mero conformismo cándido o impuesto es, contra lo que muchos pudieran desear, algo pernicioso y presumiblemente contrario a nuestra condición humana. Somos individuos únicos e irremplazables dotados todos —con mejor o peor fundamento— de criterio propio fruto de un esfuerzo reflexivo⁵; éste es esencial para una existencia libre como tal y, cuando nos asociamos en eso que entendemos por sociedad, no podemos sino exponer nuestro criterio en aras de un perfeccionamiento del sistema o, como mínimo, una defensa de nuestros derechos inalienables (los cuales pudieran pasar desapercibidos ante una actitud acrítica y conformista).

Ciertamente, en nadie es tan deseable el buen juicio como en el gobernante⁶ de turno, pues de él se espera que se escojan las decisiones más acertadas que guiarán el curso de la sociedad; sin embargo, no concierne únicamente a éste lo relativo al pensamiento y al ejercicio filosófico, pues la realidad social es demasiado extensa, compleja y plural como para poder ser abarcada o comprendida por un mismo individuo y, por tanto, se ha de propiciar el diálogo con y entre el resto de individuos, estimular el contacto, el acercamiento y fomentar el uso de la razón. Aspiremos a una utopía (que nunca se logrará, pero que no impedirá que se intente⁷) en la cual la razón gobierne con justicia la buena vida de todos y cada uno los integrantes de la sociedad: un crisol de la cultura y la excelencia tanto humanística como científica, donde los mejores —en aquella faceta que sea— se conviertan en parangones y objeto de admiración y no, por el contrario, se vean ahogados y suprimidos por intereses partidistas o económicos; donde cada ser humano pueda realizarse y autodefinirse libremente sin coacción ni presión por parte de una sociedad enferma carente de intelectualidad y filosofía (dentro siempre de los límites de una

5 Criterio que, para ser propio como tal y no quedarse en un mero condicionamiento social o educativo, requiere de ese esfuerzo mencionado. Si acaso, que el mayor efecto condicionante de la educación sea, precisamente, el de incentivar la reflexión individual y crítica.

6 Platón ya manifestó en *La República* la necesidad de la filosofía y la prudencia en los gobernantes.

7 Como diría Eduardo Galeano, está (la utopía) para caminar.

ética pulcra, por supuesto). No es necesario indagar mucho para darse cuenta de que, lo que diferencia una sociedad floreciente y armoniosa de otra bárbara y abocada al caos o al estancamiento indefinido, no es sino el uso de la razón, del filosofar, que en cada una se aplique.

Aquellos que ven la filosofía como un ejercicio recreativo no pueden atisbar el alcance de sus presupuestos y, desde luego, articulan palabras vacías. Efectivamente, para proferir tal acusación, no se ha reflexionado siquiera, no se ha alcanzado a entender lo que es la filosofía. En contraste con lo anteriormente dicho, se podría recriminar: “¡No hace falta, pues, filosofar para negar la filosofía!” y, dada la tesitura, será preciso matizar y admitir que, desde luego, no toda crítica puede ser entendida como tal; es necesario un proceso riguroso y fundamentado, con alto carácter incisivo y penetrante (es decir, filosófico) para que la crítica como tal obtenga cierto crédito: no vale opinar por opinar en base a gustos o intereses en cuestiones como la que tratamos.

Estudiar filosofía y promoverla no ha de ser considerado como un entretenimiento o como un simple ejercicio mental y, por tanto, ha de quedar claro que pensar por pensar —como ya hemos dicho— puede no pasar de ahí; no, se trata de razonar y de razonar *bien*: análogamente, no todos somos deportistas por simplemente andar. De ahí que aludiera antes a que, de una manera u otra, todo el mundo está capacitado a filosofar, pero unos logran hacerlo más y mejor que otros o, como mínimo, más conscientemente. No solo la inteligencia de cada cual propicia esto, también el ejercicio o cultivo prolongado de unos buenos hábitos intelectuales⁸ y el conocer a los que ya indagaron la realidad antes que nosotros, aunque solo sea para tomar consciencia de sus errores y, cómo no, aprender de sus hallazgos, pues muchas respuestas a problemas de hoy se encuentran en viejas páginas de textos filosóficos.

La filosofía, como disciplina de ambición omnímoda, se interesa por la práctica totalidad de lo existente y, por tanto, su pretensión no es exclusivamente el saber por saber —la cual es una muy noble manera de proceder pero de escasa comprensión popular— que sería la denominada *filosofía teórica*, sino que también se interesa por aquello útil o cotidiano

8 Muchos ejercicios que van desde la resolución de simplonas adivinanzas hasta la meditación parecen apropiados a tal propósito; sin embargo, lejos de querer confeccionar una lista de pasatiempos u ejercicios que lleven al esgrima mental o a la iluminación mística (poseedores todos de cierto interés), me quedo con el inestimable consejo cartesiano de poner en duda, al menos una vez en la vida, aquello que creemos conocer.

al ser humano y que conocemos por *filosofía práctica*. Veamos algún aspecto que recalque la utilidad de la filosofía para aquello que nos ocupa: Si bien la sociología es una disciplina que estudia *cómo es* la sociedad, cómo son sus integrantes y las relaciones que entre ellos se establecen, también existe otra magnífica disciplina, a saber, la filosofía social (en íntima relación con la ética o filosofía moral) cuya pretensión es revisar los conceptos de la otra disciplina e indagar y averiguar *cómo debería ser* la sociedad para mejorarla. Queda por tanto expuesto el ansia perfeccionista de la filosofía que no se conforma con lo dado (lo cual la reduciría a una disciplina meramente espectadora o pasiva), sino que aspira a lo mejor o a lo ideal, platónicamente hablando.

Una sociedad visionaria, esperanzada y concienciada con sus derechos y obligaciones no puede sino empezar por la educación y culturización de cada uno de sus integrantes; de ahí el afán por luchar contra los ataques que recientemente ha estado recibiendo la educación filosófica y para la ciudadanía en institutos y bachillerato. Y es que en la obsesión por llenar de información las cabezas de nuestros infantes nos olvidamos de prestar atención a la comprensión⁹ y a al pulimiento de los valores morales que dirijan y encaucen sus vidas y que preserven la salud personal de la generación del futuro. La pretensión adecuada que intento defender languidece y se ve menoscabada, evidentemente, ante los recientes¹⁰ atentados contra la filosofía.

Y es que no se trata de crear una sociedad donde todo el mundo piense igual, pues donde todos piensan igual, nadie piensa mucho¹¹. Ciertamente, las pretensiones de la filosofía topan con un problema *de familia* propio de las ciencias humanas y sociales, a saber, la dificultad de sus pesquisas dado lo poliédrico de éstas y su, en algunos casos, grado de abstracción; pero analicemos a qué es debido esto o, dicho de otra manera... filosofemos.

9 “Saber no es comprender”, como diría el poeta argentino Antonio Porchia. Tal sentencia está recogida en su libro de aforismos *Voces*.

10 Como son, en el caso de España, los estipulados por la LOMCE (Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa) del ministro de Educación, Cultura y Deporte, José Ignacio Wert.

11 Sentencia adjudicada tanto a Auguste Rodin —quien tan acertadamente diseñó el que pasaría a ser un popular símbolo del filósofo: la estatua de *El Pensador*— como a Walter Lippmann.

Una ciencia cualquiera podrá coger una porción de universo material y medirla (cuantificarla), analizarla, decir de qué está constituido y predecir cierto comportamiento. Esto es lo que se espera de las ciencias exactas o naturales gracias al influjo de la matemática como fundamental herramienta. Sin embargo, ¿qué sucede cuando queremos investigar una realidad más compleja (y sin embargo más cotidiana) o determinados conceptos que manejamos habitualmente y que hemos olvidado o condenado al abuso, pero que sin los cuales no entenderíamos el mundo social y humano en el que vivimos? ¿Qué pasa cuando queremos estudiar la sociedad o decir cómo debería ser?

Efectivamente, la filosofía yerra y lo ha hecho en numerosas ocasiones a lo largo de la historia (como también la ciencia). Por supuesto que no hay siempre una garantía, fruto de precisos cálculos matemáticos¹² dignos del intelecto enunciado por Laplace, pero es que esto es lo que sucede cuando uno se propone, por ejemplo, estudiar lo que es la libertad¹³. La realidad propiamente humana, posee una complejidad tal que no puede ser abordada de la misma forma con la que un físico acomete el estudio del movimiento de un astro (quizás precisamente por ser en este caso que tratamos, la del filósofo, una realidad dotada de libre albedrío). Qué es la libertad o la felicidad son cuestiones que han interesado a la filosofía desde antaño y que nos siguen (y deben) seguir interesando a todas las personas. Solo un razonamiento propiamente filosófico, y no dado de otra manera, puede afrontar un estudio lo más humanamente acertado de algo —tan *precisamente humano*— como es la libertad. Y la sociedad ha de ser, para que merezca la pena, la principal garante de la libertad de todos y cada uno de los individuos que la componen: su razón de ser.

Todo lo expuesto solo podrá ser llevado a cabo mediante la estimulación y preservación del ejercicio filosófico. Se ha de intentar hacer llegar a todas las personas el interés por alcanzar una actitud despierta y lúcida que las haga tomar consciencia de la realidad social a la que pertenecen,

12 Muchas veces, las cuestiones de la filosofía son algo tan inherente a nosotros mismos que resulta difícil tomar perspectiva para estudiarlo. Esto enlaza con las cuestiones subjetivistas y la necesidad de un consenso entre los teóricos.

13 Considero el estudio de la *libertad* como una de las investigaciones más nobles que puede realizar todo ser humano, pues parece estar vinculado al resto de problemas de una u otra manera. Incluso si los resultados fuesen estériles, por su calado, la cuestión merece un tiempo de reflexión por nuestra parte. No ejercemos una sola operación sin que esté presente alguna referencia a la libertad.

de sus problemas, de querer solucionarlos y se comprometan con ella. Solo mediante el debate filosófico, mediante el ejercicio de la dialéctica, se podrá lograr una participación activa que fomente las libertades personales y las defienda de cualquier vulneración.

Solo los integrantes de una sociedad propiamente filosófica, que ame el saber —que se deba a la verdad, por tanto— y que, para todo ello, tengan sus necesidades resueltas, serán capaces de hacer valer su opinión de forma crítica sin dejarse llevar por las ilusiones circundantes. Esa actitud despierta de la que hablábamos es, pues, la llave para impedir que nos sumamos en un sopor conformista donde nos dejemos arrastrar por el vaivén de una especie de superestructura mecánica que, precisamente, supondría el cese de nuestra libertad.

III. CONCLUSIÓN

A estas alturas del trabajo, cabría pedir disculpas si se trasluce cierta visceralidad en el desarrollo de la opinión expuesta, pero no puede ser de otra forma ante una pregunta como la que da pie al mismo trabajo. Ciertamente, esta pregunta: “¿Puede contribuir la filosofía a hacer una sociedad más libre?” —aunque debiera ser innecesaria— merece ser respondida con suma rotundez y es bueno que se plantee, pues no todo el mundo lo tiene tan claro.

En estos tiempos difíciles de crisis económica y social —vinculada la una con la otra— la filosofía se descubre como más necesaria que nunca para salvaguardar el bien social y señalar —con plena manifestación de un espíritu libre característico del arte propiamente liberal¹⁴ que es la filosofía— hacia dónde queremos ir, qué tipo de sociedad queremos ser; pues *crisis* es también un punto de inflexión, un momento de cambio donde las buenas decisiones se revelan como tal y, por el contrario, las malas decisiones —fruto de la ignorancia y el poco talante reflexivo y holístico— conducen al desmoronamiento social.

Nuestra agitada sociedad se empieza a *acomodar* a un estadio de progresiva complejidad en todos los aspectos y, ante tal panorama, comenzamos a atisbar el tedio, la confusión, el no saber qué lugar se ocupa en

14 Se puede apreciar en una ilustración del *Hortus deliciarum* de Herrad von Landsberg (siglo XII) a la filosofía en el centro de las siete artes liberales consideradas en la Edad Media, como regente o principal exponente de las mismas, las cuales eran objeto de los hombres libres y contrapuestas a los trabajos serviles.

la realidad y, por tanto, se pierde de vista el cómo comportarse... En definitiva, se crea una suerte de vacío existencial que conduce a la lamentable perspectiva del mero sobrevivir, aturdidos en lo inabarcable y aparentemente contradictorio. Eso en la mayoría de los casos pues, algunas personas —más conscientes y sensibles, quizás— no pueden resistirlo y el desenlace es conocido y tristemente aceptado. Poner fin a esta situación no incumbe sino a un tipo de actividad humana que entendemos por filosofía, la cual puede dotarnos de un sentido existencial y esclarecer los caminos de la vida para que podamos tomar una elección orientada a la lumbre de la razón, y no en la penumbra de lo caótico y difuso. Si bien estas delicias de la filosofía pudieran recordar a alguien a las ofrecidas por la religión, debemos hacer hincapié en el carácter racional y personal que la disciplina filosófica posee para con cada uno marginando, por tanto, la creencia en dogmas del tipo que sea; sin que queden éstos, por otra parte, excluidos para quien así los desee.

No hay, pues, tras todo lo planteado, lugar a la duda: la filosofía no contribuye a una sociedad más libre, *es* requisito necesario e imprescindible para alcanzarla y preservarla. Cuando la persona adquiere la conciencia filosófica y trasciende —aunque sea por breves instantes— lo cotidiano y aparente, lo impuesto, es capaz de hacerse a sí misma, escapar de los moldes y, conocedora de su lugar en el mundo, ser coherente consigo misma y actuar en consecuencia con plena libertad. Entonces, el individuo, será realmente él y no una sombra de lo que podría haber sido.

GABRIEL ARAGÓN ARANDA es estudiante del grado de filosofía en la Universidad de Málaga, y ganador de la II Olimpiada de Filosofía en Málaga, en la sección de estudiantes universitarios.

Líneas de investigación:

Cursando filosofía en la Universidad de Málaga

Publicaciones recientes:

Dirección electrónica: garagona@gmail.com